

# Estaré a tu lado

Jun Postigo

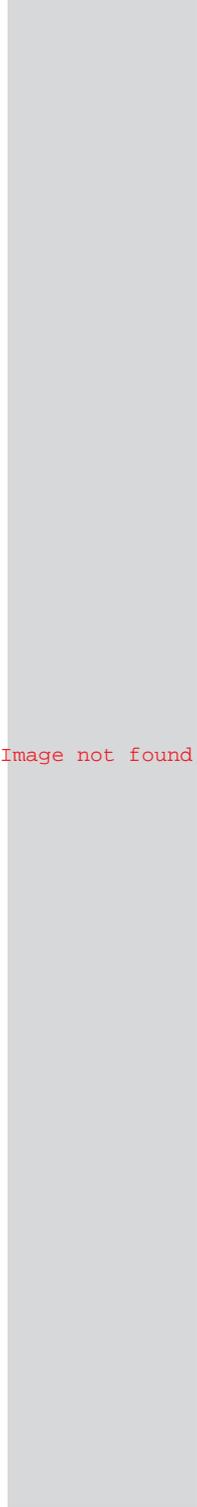


Image not found.

# Capítulo 1

## **Prologo**

Nació a finales de año en una familia de buen nivel social donde era difícil que la llegara a faltar algo, en un entorno estable donde no se veían ni discusiones y mucho menos peleas, pero allí estaba Eira sintiéndose completamente sola antes incluso de poder entender lo que eso significaba.

Sus primeros años de colegio fueron mucho peor de lo que nadie jamás podría soportar, sin nadie a quien poder llamar amigo y con la llegada de un nuevo hermano creyó que las cosas solo podían ir a mejor, pero estaba muy equivocada.

No comprendía los motivos de sus padres para que solo tuvieran tiempo para sus hermanos.

Tenía seis años cuando les dijo a sus padres que quería hacer artes marciales, hacia unas semanas que se lo habían enseñado en el colegio y llamó enormemente su atención, quería aprender todo lo que aquellos chicos mayores sabían hacer, pero la única respuesta que obtuvo fue un rotundo "NO", sin ninguna explicación que lo acompañara.

Debió mencionarlo otra vez días más tarde en presencia de su abuela y a la tarde siguiente la llevó a un gimnasio cercano animándola a que lo probara. "Si es lo que quieres hacer, hazlo" abrazó a su abuela y jamás olvidó aquellas palabras además del profundo amor que la profesaba.

Los años siguieron pasando, el colegio era un infierno y las cosas en casa no eran mucho mejor, su única salvación eran las tardes de Taekwondo donde aún sin amigos, nadie se metía con ella. Esfuerzo y constancia, se comenzaron a convertir en medallas de oro, competiciones ganadas a las que solo asistía su abuela para animarla, pero no necesitaba más.

Al cumplir ocho años la relación con sus compañeros de clase fue a peor, los insultos dieron paso a los golpes y a aberraciones de las que no quería hablar, convencida de que si hacía como si no ocurría se cansarían y la dejarían en paz... Muy lejos de que eso ocurriera, soportó lo imaginable hasta que Ilian fue testigo en una ocasión de lo que la hacían e intervino, aunque estaba agradecida por que se hubiera preocupado por ella le suplicó que no contara nada y que lo dejara estar.

“Sabes defenderte, haces artes marciales desde hace dos años, úsalo.”

Lo que no sabía su hermano es que lo primero que les explicaban en clases es que las artes marciales no son para usarlas contra otra persona, que si llegaba a los oídos de sus maestros no la permitirían volver a un campeonato o peor, la expulsarían. No podía permitir eso.

Y como había prometido Ilian no contó nada y aunque Eira no lo supiera, su hermano permaneció con un ojo puesto en ella durante el resto de años que permanecieron en el mismo colegio.

Hasta que cumplió los doce años, siguió soportando todo lo que sus compañeros le hacían sin protestar, sin pedir ayuda a nadie. Los moratones, heridas o huesos rotos los excusó bajo las duras clases de artes marciales sin que sospecharan de posibles ataques en el colegio, pero sabía que Ilian sería quien se chivaría a sus padres si volvía a ocurrir, debía de tener cuidado de no ser pillada por su hermano.

Un viernes cualquiera fue al gimnasio como cualquier otro, pero al llegar nada parecía igual. Su maestro hablaba con otro hombre en su despacho y parecía preocupado, ninguno de sus compañeros de clase estaba allí y de los otros grupos tampoco parecía que hubiera asistido nadie, todo era demasiado extraño.

Llamó a la puerta y cuando su maestro la vio, salió de su despacho para hablar con ella, le preguntó porque no había llegado nadie.

“Creía que estabais todos avisados. Voy a tener que cerrar el gimnasio, no va haber más clases. Lo siento Eira.”

Salió de allí sin poder creerse aquellas palabras, debía volver directa a casa de su abuela, pero no estaba preparada para ver las caras de felicidad de sus padres porque no pudiera continuar con aquello que tanto habían odiado y que a ella la hacía tan feliz.

## Capítulo 2

Llevaba dos años sin Taekwondo y algunos viernes como aquel, salía de casa para caminar y sin darse cuenta pasaba por el que había sido su lugar favorito en el mundo, que ahora simplemente era un lugar vacío, oscuro y sin ningún tipo de vida en su interior muy diferente a lo que recordaba.

Caminó con las manos en los bolsillos y cabizbaja, pensando lo feliz que le había hecho aquel deporte y como después de dos años las cosas seguían sin cambiar, seguía sin amigos y cerca de odiar a su familia, seis años de su vida los había dedicado a ese deporte y ahora no la quedaba nada. Había llegado hasta un parque no muy lejano de su colegio, se sentó en los columpios y se balanceó pensando en cómo serían sus días sin mayor pasatiempo que leer o la música.

Escuchó unos pasos detrás de ella y antes de que se pudiera dar la vuelta para ver de quien se trataba alguien le había empujado del columpio cayendo cuan larga era raspándose las manos y haciéndose una fea herida en la rodilla que se llenó de arena y suciedad, contuvo las lágrimas más por la tristeza que sentía por no tener nada que pudiera llenarla como lo hacían las artes marciales que por aquellas heridas, pero ya no tenía nada que perder podía enfrentarse a ellos y ganar, pero alguien se paró al lado suyo y la ayudó a ponerse de pie.

- ¿Estás bien? – preguntó el chico.
- Si, gracias. – agradeció Eira.
- Disculparos con ella – exigió el chico, bastante más mayor que ellos y habría jurado que era más mayor que su propio hermano.
- ¿Y porque deberíamos hacer lo? - inquirió uno de los atacantes.
- Pues porque lo que habéis hecho no está bien. – dijo el chico.
- ¿Y quién eres tú? – preguntó otro de los agresores. – ¿Es que eres su amigo?
- Soy el chico mayor que como no te disculpes voy a haceros los mismo que la habéis hecho vosotros a ella. – amenazó el joven
- Por favor, déjalo no pasa nada. – pidió Eira agarrando la manga del chico encontrándose sus ojos por primera vez.

Aquel chico no era de allí, sus ojos rasgados lo delataban y tampoco es que lo conociera de algo, había intervenido por la simple razón de que había sido testigo de lo que había ocurrido.

- Marcharos, antes de que cambie de parecer. – volvió a decir tajante.

Los tres agresores se marcharon de allí entre risas y sin ningún temor por las consecuencias que podía acarrear aquello.

Eira caminó hasta el banco más cercano siendo consciente por primera vez de lo mucho que la dolían las palmas de las manos rasguñadas y la herida de la rodilla que no dejaba de sangrar.

- Ey pequeña. – la llamó su salvador.

- Eira... me llamo Eira. – dijo entre dientes mientras se observaba la rodilla, la sangre nunca la había gustado demasiado.

Buscó en su bolsillo un pañuelo de papel para limpiar la sangre, pero notó la mano del desconocido en su pierna observando la herida detenidamente, podía notar como su mente volaba buscando una rápida solución para aquello.

- ¿Qué edad tienes? – preguntó repentinamente.

- Trece. – respondió Eira algo incomoda y agregó rápidamente para que no pensara que era una cría. – Cumpliré los catorce en unos meses.

- Mi hermano pequeño tiene tu edad. – comentó amablemente. - ¿Vives cerca?

- A unas calles de aquí vive mi abuela. – respondió, y por mil veces que la habían dicho que no hablara con desconocidos, aquel chico parecía completamente diferente a lo que sus padres solían avisarles sobre que podía encontrarse en la calle.

- Mi casa está justo enfrente. – informó. – Si quieres puedes venir y te curo eso, aunque no sé si necesitaras puntos.

Soltó una dulce risa al ver la cara de horror que puso Eira al oír la palabra “puntos” y es que después de las arañas lo que más terror la daba eran las agujas.

- No debo ir con desconocidos. – declaró sin pensar e intentó buscar las palabras para arreglar aquella enorme metedura de pata. – Es que no te conozco de nada, te estoy muy agradecida por lo que has hecho por mí y no quiero ofenderte, pero ni siquiera sé cómo te llamas.

- Dae Hwan. – dijo únicamente sin apartar la vista de la rodilla de ella y limpiando con sumo cuidado la sangre que emanaba de ella. – Entiendo que no me conoces de nada y soy mayor que tú, así que no te preocupes espera un momento voy a llamar a mi hermano para que me baje el botiquín ¿vale?

- Está bien.

Buscó en el bolsillo interior de la chaqueta de dónde sacó un móvil, observó atentamente al chico marcar un número de teléfono de memoria y llevarse el aparato al oído al tiempo que esperaba a que respondieran al

otro lado de la línea, después de unos minutos esperando comenzó a hablar en un idioma que no entendía al tiempo que la guiño un ojo consiguiendo que se sonrojara y apartara la mirada hacía el suelo al tiempo que se retorció las manos, nerviosa.

- Ahora baja. – informó Dae Hwan en el instante que cerró la tapa del móvil y lo guardaba en el mismo lugar de donde lo había sacado, sentándose junto a ella en el banco a esperar a su hermano.

Eira permaneció en silencio sin saber que decir y sobre todo sin querer meter la pata de nuevo con aquel chico que la había ayudado tanto.

- ¿A qué colegio vas? – preguntó de repente Dae Hwan.
- Al Liceo. – respondió esperando que supiera cual era.
- Imposible, hasta el año pasado fui al Liceo. – dice Dae Hwan. – Te habría visto o conocerías a mi hermano.
- ¿A qué Liceo ibas? – pregunta Eira, estaba claro que no le había visto por los pasillos, aunque no era complicado porque siempre intentaba pasar desapercibida.
- Liceo Europeo. – dijo Dae Hwan.
- Pues no me suena haberte visto, ¿tu hermano a que clase iba? – pregunta Eira dejando claro que si era el mismo instituto.
- Grupo B si no recuerdo mal. – respondió el chico.
- Yo estaba en el A y no coincidía en ninguna clase con el grupo B.- explica Eira

Volvieron a permanecer en silencio unos segundos que parecieron eternos, la picaban las heridas de las manos y le inquietaba la presencia del mayor, aunque no sabía por qué.

- Ahí están. – dijo el chico antes de murmurar algo en su idioma natal.

Dirigió la mirada en la misma dirección que lo hacía el chico, encontrándose con otros dos jóvenes asiáticos, una chica y un chico que no parecían mayores que ella.

- ¿Ahora qué has hecho Dae Hwan? – gritó la chica. – Mamá esta que echa humo, más te vale que no te hayas roto nada de nuevo.
- No es para mí. – dijo el mayor a su hermana al tiempo que señalaba a Eira aun sentada en el banco, mirando con curiosidad a los tres hermanos.

- Hola, soy Ga In. – se presentó la chica.

Lo primero que pensó Eira al ver a Ga In fue que era preciosa. Tenía un cuerpo esbelto, larga melena castaña y unos preciosos ojos rasgados marrones no demasiado oscuros.

- Yo soy Eira. – dijo tímidamente.
- ¿Qué te ha hecho el idiota de mi hermano? – preguntó Ga In acuciándose justo a su lado para ver la herida de la rodilla de cerca.
- No ha sido él. – lo defendió elevando la voz notablemente, de lo que se arrepintió al instante. – Él me ha ayudado.
- Enhorabuena hermano, has hecho tu labor caritativa de la semana. – atacó el más pequeño que se había quedado rezagado con los brazos cruzados en el pecho.
- No seas mal educado y preséntate. – le exigió Dae Hwan al chico.
- Hola me llamo Dae Won. – dijo sin gana alguna como si estar allí le molestara.
- Tenéis la misma edad, así que podéis ser amigos. – dijo alegremente Dae Hwan a su hermano.
- ¿Y por qué tengo que ser amigo suyo? – preguntó con desgana y un notable desprecio que Eira no podía comprender, aunque estuviera acostumbrada a oírlo.

El chico se marchó de allí sin mirar atrás ni molestarse en despedirse, lo que le conllevaría más tarde una buena pelea con su hermano y que su padre interviniera en favor del mayor.

Eira permaneció quieta mientras el mayor la curaba las heridas con sumo cuidado y Ga In la observa con mucha curiosidad, lo que la incomodaba enormemente.

- ¿Por qué me miras así? – preguntó Eira a la mayor.
- Lo siento. – se disculpó al tiempo que se ponía de pie. – Será mejor que vaya a explicarle a mamá que no ha sido ninguna parte del cuerpo de mi hermano.
- Espera un segundo y te llevas el botiquín. – dijo Dae Hwan que estaba curando la herida meticulosamente. – Listo.

Recogió todo volviendo a guardarlo en el botiquín que le entregó a su hermana.

- Dila a mamá que vuelvo en un rato. – le pidió.
- Claro, no te preocupes. – aseguró Ga In. – Ha sido un placer Eira, espero que verte de nuevo y mejórate.
- Gracias Ga In. – respondió. – Hasta luego.
- ¿Puedes andar? – preguntó Dae Hwan con un claro tono de voz preocupado.
- Creo que si, además no está lejos de aquí. – dijo Eira poniéndose de pie y alejándose del banco acompañada de cerca por el chico. – ¿En qué curso estas?
- Primero de Bachillerato. – respondió amablemente.
- Así que eres tres años mayor que yo. – calculó mentalmente.
- Si, por cierto, siento el comportamiento de Dae Won. – se disculpó y parecía completamente sincero. – No suele ser así con la gente, en el

fondo en buen chico.

- No te preocupes, estoy acostumbrada. – le disculpó Eira.

- Pues no deberías estar acostumbrada a que te traten mal porque dudo que te lo merezcas. – dijo Dae Hwan.

- Gracias...- dijo Eira en apenas un susurro que dudaba que lo hubiera oído el mayor y contuvo las lágrimas, porque ese completo desconocido había sido la primera persona que la trataba como lo que era, una persona.

## Capítulo 3

Tenían dos días festivos por delante y sus planes como siempre era NINGUNO, sus hermanos saldrían con sus amigos, incluso Ilian saldría con su nueva novia, Eira calculaba que era la octava o la novena de lo que llevaban de año. Un nuevo record para su hermano mayor.

- ¿Por qué no te vas con Erian y sus amigos? – preguntó su madre, aunque era más una obligación que una pregunta.
- “Porque los amigos de Erian son idiotas, por eso”. – quiso decir Eira, pero eso solo conseguiría iniciar una discusión innecesaria y optó por la opción más fácil, inventarse algo. – Ya tengo planes, he quedado con unos amigos.
- Bien, bien. – dijo su padre desde detrás del periódico. – Pero antes de iros a ninguna parte tenéis que terminar los deberes.
- Ya los he acabado. – afirmó Eira, no sorprendía a nadie ese hecho porque según Erian era una empollona, nada más lejos de la realidad.
- Llévate el móvil y coge llaves de casa. – le recordó su padre. – Y tienes que estar en casa antes de las nueve.
- La hora de Erian son las once. – protestó Eira molesta. – Es dos años más pequeño que yo.
- Técnicamente, no son dos años. – dijo Erian divertido. – Solo un año y nueve meses.
- Sigues siendo un renacuajo. – intervino Ilian. – Yo con su edad tenía que estar a las nueve en casa y tenía mejores notas que él.
- Cierto, Erian a las nueve en casa. – dijo su padre.
- Manuel, no. – se negó rotundamente su madre. – Yo le he dado permiso a Erian de salir hasta las once.
- Y me parece genial, pero ha suspendido cuatro asignaturas y su profesora nos ha llamado cinco veces el mes pasado. – dijo su padre. – Y esta en sexto, no puede seguir así.

Una cosa muy peligrosa en casa de Eira era llevar la contraria a su madre, tenía un carácter de los mil demonios y ella siempre tenía que llevar la razón.

- Bueno, yo me marchó. – dijo Ilian poniéndose de pie y queriendo huir rápidamente de allí para que no le salpicara nada de aquella estúpida discusión. – Eira vamos.

Eira se puso de pie y salió de la cocina con la mirada de Erian clavada en sus nucas, suplicante porque sabía que a él no le sería tan fácil librarse

aquella vez.

Salieron a la calle y caminaron en silencio hasta doblar la esquina donde esperaba el grupo de amigos de su hermano, todos la trataban muy bien y la invitaban a ir con ellos a menudo, pero jamás sería parte del grupo sino únicamente la hermana de Ilian. Lo que la hacía cuestionarse si realmente la aceptaban por ella misma o por su hermano.

- Se de sobra que no tienes planes. – dijo Ilian. – Estas a tiempo de venirte con nosotros, vamos a ir al local a tocar un poco y a jugar a alguno de los juegos de mesa que tenemos ahí.
- Tengo planes, no te preocupes. – aseguró Eira dedicándole una sonrisa sincera a su hermano.
- Bueno, si te aburres llámanos. – dijo Santos, uno de los amigos de Ilian, siempre había sido quien mejor la había tratado.
- Hasta luego chicos, pasadlo bien. – dijo Eira antes de sacar los cascos de música y colocarse los auriculares.

No tenía plan, pero estar en la calle era mejor que estar encerrada con Erian y sus padres en casa. Con las manos en los bolsillos y centrada en la agradable melodía que salía de los auriculares comenzó a caminar sin rumbo fijo, se estaba replanteando ir con su hermano cuando de repente vio a Dae Hwan caminando junto a un chico de pelo azul que conocía de Taekwondo, sorprendida de aquella coincidencia cruzó la carretera con cuidado y comenzó a seguirlos con intención de saludar al chico que había sido tan agradable con ella.

Observó que el peli azul se marchaba a una tienda y dejaba al asiático solo en un banco jugueteando con su móvil, aprovechó la ocasión para acercarse y saludarlo.

- Hola, ¿Qué tal? – preguntó Eira parándose enfrente del mayor.
- ¿Y tú quién eres? – preguntó el asiático secamente lo que sorprendió a Eira considerablemente.
- Soy Eira...- murmuró sintiéndose estúpida por creer que aquel chico se acordaría de ella. – Perdona, he debido equivocarme.

Se alejó de allí acelerando el paso, demasiado avergonzada y sintiéndose estúpida por haber creído que realmente el chico no pensara que era una cría. Cuando ya creyó estar lo suficiente alejada para que nadie supiera que había metido la pata hasta el fondo, entró en una tienda para ver si había tomo nuevo de alguno de los muchos mangas que leía.

- Hola Samuel. – saludó al dueño de la tienda que conocía desde hacía tiempo, era un hombre en sus veinte con barba y ojos claros que siempre la había dejado leer los mangas, aunque no los terminara comprando.
- Eira, cuanto tiempo. – saludó el hombre. – Hay nuevas joyitas que deberías echarle un ojo, seguro que te gustan.

- Gracias, ahora te comento. – dijo Eira dedicándole una sonrisa al hombre.

Caminó entre las estanterías, absorta en los cientos de comics que había, ojeando algunos nuevos y buscando los que estaba haciendo colección. Algunos de los clientes de la tienda la miraban mal por estar leyendo los mangas y solían comentárselo a Samuel antes de salir de la tienda, lo que él siempre respondía lo mismo.

“Muchas gracias por avisarme, la echaré a patadas de aquí como no deje de hacerlo”

Lo que en realidad significaba un chocolate caliente para Eira y otro para él, mientras hablaban de anime o cualquier videojuego. Eso habría sido cualquier otro día, pero no ese.

- ¿Eira? – escuchó que decían su nombre y la interrumpían en la parte más emocionante del capítulo.

Al volverse se encontró con el chico del que acababa de huir, sintió una repentina furia dentro de ella.

- ¿Ahora sí que me conoces? – preguntó molesta y volvió de nuevo al manga.

- ¿De qué hablas? – quiso saber Dae Hwan, pero lo estaba ignorando como si no estuviera presente.

Dae Hwan le arrebató el manga y lo colocó en la parte más alta de la estantería, hasta ese momento no se había fijado en lo alto que era el chico.

- Devuélvemelo. – pidió Eira estirando la mano para intentar alcanzarlo.  
- No hasta que me digas a que viene lo que has dicho. – dijo Dae Hwan.  
- Viene a que te he visto antes en la calle y me has ignorado, como si no me conocieras de nada. – escupió cada palabra con un claro tono dolido.

El chico se le quedó observando unos instantes antes de agacharse para quedar a la altura de sus ojos y dedicarle una amplia sonrisa.

- No era yo. – confesó divertido.

- Eras tú. – dijo Eira convencida. – Esta bien, no somos amigos. ¿Por qué deberías saludarme por la calle? Es vergonzoso que te vean con una cría y más si esa cría es alguien como yo.

- Relájate...- la pidió volviendo a ponerse serio. – Lo primero, si hubiera sido yo te habría saludado, te lo aseguro. Lo segundo, no me avergüenza que me vean contigo y no te veo como una cría.

- ¿Y entonces quién era? – pregunta Eira molesta. – ¿Es que tienes un

doble malo?

El comentario hizo que Dae Hwan se riera, estuvo mirando las estanterías mientras meditaba la mejor forma de responder a la chica.

- Si, era mi doble. – dijo sin poder contener la risa.

Pero no había sido buena respuesta porque Eira comenzó a alejarse creyendo que le estaba tomando el pelo, dio unos pasos hacia ella alcanzándola y reteniéndola por la muñeca.

- Deja que me explique, por favor. – le suplicó Dae Hwan sin soltar el agarre. – Debiste de ver a mi hermano.

- A Dae Won le conozco, y os parecéis lo mismo que un huevo a una castaña. – dijo Eira.

- No, me refiero que viste a mi hermano... mi gemelo. – puntualizo Dae Hwan. – Dae Young, somos a primera vista iguales y de lejos idénticos, solo con paciencia y tiempo comenzas a diferenciarnos.

- ¿En serio? – inquirió Eira. – ¿No me estas vacilando?

- Te lo juro, ven y te lo presento. – la invitó Dae Hwan, aunque se retractó. – Aunque puede que ya tengas planes.

Permaneció en silencio unos segundos, podía seguir dando vueltas sola por la zona totalmente aburrida o podía pasar tiempo con el chico.

- Está bien, vamos. – accedió Eira y la sonrisa del chico se ensanchó al momento. – Pero antes deja el manga en su sitio o Samuel me matará.

- Cierto. – dijo Dae Hwan devolviendo el tomo con el resto de la colección.

Se dirigieron a la entrada donde Samuel estaba detrás del mostrador ordenando unos dados específicos para juegos de rol.

- ¿Ya te marchas Eira? – preguntó Samuel sorprendido, normalmente la chica se tiraba horas leyendo, hablando con él o ayudándole a ordenar la tienda.

- Sí, pero volveré he visto unos nuevos mangas que tienen buena pinta. – aseguró la chica.

- Cuídate. – dijo Samuel.

Caminaron en silencio, por el camino que dirigía al parque donde se conocieron o, mejor dicho, hacía la casa del chico que quedaba enfrente.

- ¿De qué conoce tu hermano a Adrián? – preguntó Eira rompiendo el silencio.

- ¿Adrián? – preguntó Dae Hwan sin saber a quién se refería la chica.

- Un chico alto, pelo teñido de azul que lleva despeinado y siempre va vestido de negro. – lo describió Eira con bastante precisión.

- ¿De qué le conoces tú? – preguntó Dae Hwan.
- Yo he preguntado primero. – puntualizó Eira.
- Y yo soy mayor que tú. – dijo Dae Hwan dedicándola una amable sonrisa.
- Hicimos Taekwondo juntos. – confiesa Eira. – Se lo que vas a decir, que por edad no deberíamos estar en el mismo grupo, pero...
- No sabía que practicaras Taekwondo. – dijo sorprendido el chico. – ¿Qué cinturón eres?
- Verde, pero ya no lo hago. – respondió Eira.
- ¿Y te gustaba? – preguntó de nuevo el chico, eludiendo la pregunta que había hecho antes la pequeña.
- Era lo mejor del mundo. – asegura la chica con un brillo de emoción reflejado en los ojos. – Pero el gimnasio cerró, así que no pude continuar. ¿Ahora vas a responderme tú?
- Nosotros le conocemos como "Gato". – explicó Dae Hwan. – Por eso cuando le has llamado Adrián no sabía a quién te referías y es alumno de mi padre.

Entró en un callejón, lo que hizo pararse a Eira dudando en si debía seguir al chico o no. Por un lado, quería descubrir aquella aura misteriosa que rodeaba al chico, con ese supuesto doble y los verdaderos motivos ocultos de porque era tan amable con ella.

- ¿Puedo preguntar algo? – preguntó Eira mirando al chico a los ojos.
- Claro. - afirmó el chico esperando unos pasos por delante de ella.
- ¿Cuánto llevas en España? – quiso saber.
- ¿Cómo has sabido que no soy de aquí? ¿Qué me ha delatado? – preguntó de forma dramática, estaba claro que intentaba bromear.

Eira se señaló la cara con el dedo anular, respondiendo a la pregunta irónica del chico.

- Algunas veces se me olvida que soy asiático. – bromea Dae Hwan. – Vinimos hace ocho años, mis padres querían un cambio de aires.
- ¿Entonces, cuantos hermanos sois? – preguntó Eira al tiempo que le seguía al interior del callejón.
- Somos cuatro. – respondió Dae Hwan. – Ga In es la única chica.

Al final del callejón había un pequeño local blanco, con grandes ventanales y una pequeña puerta en uno de los laterales, Dae Hwan caminó directamente hacía la puerta donde la abrió la puerta para que pasara, al entrar en el local observó que había montados varios tatamis y reconoció la música que salía por los altavoces.

- ¡Rain! – exclamó sin darse cuenta.
- ¿Conoces a Bi Rain? – preguntó sorprendido Dae Hwan.
- Sí, me gusta mucho la música coreana, aunque Rain no es de mis favoritos. – explicó Eira, la parecía raro que la preguntaran por ella sin las

risas y los insultos que iban después.

- Mi hermana está obsesionada con él. – dijo Dae Hwan. – Se pasa el día diciendo lo guapo que es y lo maravilloso que baila, entre otras muchas cosas.

- Es guapo y baila de maravilla. – concuerda Eira.

- Recuérdame no dejaros jamás solas en una habitación. – dijo Dae Hwan.

Dae Hwan se quitó los zapatos junto al tatami y lo cruzó para acercarse al hombre que se encontraba al otro lado de la sala, vestido solamente con la parte baja de un kimono. Se volvió para mirar en dirección de la chica después de que el chico terminara de hablar, y se acercó a donde se había quedado rezagada.

- Bienvenida. – dijo el hombre. – Soy Ha Seon, soy el padre de Dae Hwan. Me ha dicho que practicaste Taekwondo.

- Si, durante seis años. – respondió Eira.

- ¿Y cuánto llevas sin practicarlo? – quiso saber Dae Hwan. – Antes has dicho que ya no lo hacías.

- Dos años. – respondió Eira, y una extraña idea se la ocurrió. – ¿Es usted maestro de Taekwondo?

El hombre se rio ante tal idea, por lo visto no era nada de eso por lo que estaba allí, aunque había seguido al chico para conocer a su supuesto hermano gemelo.

- No, pero soy maestro de otro arte marcial. – explicó Ha Seon. - ¿Has oído alguna vez hablar del Hapkido?

- No señor. – negó Eira.

- Empieza una clase en diez minutos, por si quieres quedarte y ver de qué va. – la invitó el hombre.

Eira miró a Dae Hwan que estaba unos pasos por detrás de su padre con los brazos cruzados y animándola para que lo intentara, pero no había ido preparada para aquello. Su ropa no era la apropiada y además ella seguía sin conocer al doble del chico.

- Dae Young también estará. – la aseguró, como si pudiera leerle la mente.

- ¿Qué tiene que ver tu hermano? – preguntó Ha Seon sin comprender que se traían entre mano los dos jóvenes.

- Se ha enfadado conmigo por algo que yo no he hecho e intento resolverlo. – le explicó rápidamente Dae Hwan a su padre.

- Lo probaría, pero no tengo la ropa apropiada. – dijo Eira.

- Tenemos dobok de sobra. – dijo Ha Seon. – Dae Hwan vete a buscar uno para tu amiga.

- ¿Cuánto mides? – preguntó Dae Hwan.

- Metro sesenta y cinco. – respondió Eira.

Dae Hwan desapareció a la carrera para volver minutos más tarde con un dobok para ella y una bolsa de deporte colgada del brazo, que Eira se quedó observando con curiosidad.

- Yo también voy a entrenar. – la informó y dio unas palmadas a la bolsa.  
– Aquí está mi dobok.

## Capítulo 4

### **Hapkido**

Se dejó caer al tatami ya exhausta, había perdido la noción del tiempo entre el calentamiento que consistía en el estiramiento de todas las partes del cuerpo, correr por la zona del tatami para acto seguido ponerse en filas por orden de rango, eso no la resultaba extraño dado que Taekwondo se regía por normas muy parecidas en cuanto a la disciplina y la jerarquía.

Acto seguido había hecho dos grupos, pero antes de que pudiera comenzar la clase de Hapkido propiamente dicha. Ha Seon, quien era gran maestro de Hapkido con un 7º Dan como reflejaban las siete rayas que pudo contar grabadas en su cinturón, se marchó disculpándose con cada uno de ellos por aquella repentina situación. Eira imaginó que con su partida la clase se suspendería, pero en cuanto Ha Seon dejó el tatami con una reverencia, dieron un paso adelante los gemelos.

Dae Hwan le había presentado a Dae Young que la reconoció como la chica que había huido al haberse equivocado, una vez ya conocido al "doble" se disculpó con Dae Hwan que aceptó sus disculpas al instante.

Ambos tenían el mismo rango, eran cinturón negro y llevaban el mismo tiempo practicando el deporte así que cualquiera de los dos podía impartir la clase ese día en la ausencia del maestro. Preguntaron quien había sido el instructor la última vez, respondiendo uno de los chicos que había sido Dae Hwan lo que le dejaba libre ese día, pero intervino a la hora de decidir qué harían ese día.

"Dado que tenemos a una invitada que se especializa en las piernas, vamos a darla el gustazo de que nos enseñe que sabe hacer. Así que calentar bien piernas, tobillos y estirar los dedos"

Eira sabía de sobra que había sido idea de Dae Hwan, pero se sentía demasiado alegre por aquel detalle, y aunque Dae Young no había indicado nada también centró parte del calentamiento en la cadera.

Y una vez que dio inicio la practicas de patadas comenzó a sentir de nuevo esa enorme calidez recorriendo sus venas, y el cansancio que se convirtió en una felicidad extrema, incluso allí tirada en el tatami agotada no podía borrar aquella sonrisa de satisfacción que tenía en la cara, a pesar de tener los ojos cerrados disfrutando de aquella sensación de nuevo sintió

que alguien se sentaba a su lado.

- Se te ve feliz. – escuchó a Dae Hwan a su lado.
- Está es la mejor sensación del mundo. – aseguró Eira abriendo un ojo para mirarle, aún apoyada en las manos algo por detrás suya.
- ¿El olor a sudor mezclado con olor de pies? – bromeó Dae Hwan.
- No idiota, la adrenalina. – explicó Eira. – Es difícil de explicar, el Taekwondo era como un portal a otro mundo.
- ¿Cuánto crack te metías antes de ir a Taekwondo? – preguntó Dae Young interviniendo que pasaba por allí y había escuchado la conversación de su hermano con la chica.

No podía entender a ese par de hermanos, no sabía si hablaban en serio o simplemente se divertían tomándola el pelo. Jamás habría permanecido allí si su actitud la ofendiera.

- ¿Es que a vosotros no os pasa con el Hapkido? – preguntó Eira luchando por que comprendieran lo que quería decir. – Y sino es el Hapkido, tiene que haber algo que os apasione.
- No hay nada que me apasione. – confesó Dae Young encogiéndose de hombros.
- Creo que puede haber algo, aunque es algo nuevo y tengo que confirmarlo. – dijo Dae Hwan entre dientes, esperando que ninguno de los presentes lo hubieran escuchado y si lo hicieron, nadie mencionó nada.

Eira se puso de pie se caminó hacia el vestuario donde se dio una ducha rápida y se vistió antes de salir, llevándose un susto de muerte al encontrarse a Dae Hwan apoyado contra la pared con la bolsa colgada al hombro.

- Dios... - juró Eira llevándose una mano al pecho.
- Sé que soy guapo, pero no es para tanto. – volvió a bromear el chico y comenzó a reírse cuando le dio un ligero puñetazo en el brazo. – Ven te invito a cenar.
- ¿Qué hora es? – preguntó sorprendida Eira y buscó su móvil para verificar la hora, las nueve menos cuarto. – Mierda, no puedo quedarme tengo que estar en casa a las nueve.
- Pero mañana no hay clase. – dijo Dae Hwan. – Vamos, llama a tus padres y pídeles permiso.
- Mis padres no van a dejarme. – aseguró Eira. – Tengo que irme, te devolveré el kimono limpio.
- No te preocupes por el kimono, tenemos lavadoras ahí. – dijo Dae Hwan cogiéndoselo a la chica. – Y al menos déjame acompañarte a casa, ya es de noche.
- Está bien. – aceptó Eira.

Salieron del local y caminaron hacía la casa de la chica mientras hablaban, y se conocieron un poco mejor. Eira había conocido la música coreana por

un trabajo de clase de diferentes músicas del mundo y había sentido verdadera devoción coincidiendo en algunos de sus grupos favoritos, había confesado que otra de sus grandes pasiones era cantar por lo que había ido a clases de técnica vocal durante varios años y entendía bastante de ello. Otro tema del que hablaron fue sobre libros, sus favoritos, los que habían odiado y los que recomendarían sin lugar a dudas. A su vez Dae Hwan le confesó que sabía tocar varios instrumentos pero que lo de cantar no era lo suyo, que era el que más echaba de menos Corea, que le encantaban los idiomas y que podía hablar a la perfección quitando el coreano y el español, el inglés, el chino mandarín y el japonés, odiaba el francés y el italiano no le llamaba demasiado pero que ese año había comenzado con el ruso y el alemán y le parecían muy entretenidos. Confesó ser superdotado y que una de sus grandes pasiones era la fotografía, aunque no se veía siendo profesional en el futuro.

Habían llegado a casa de la chica hacía un rato y se habían despedido como cuatro veces, pero algo volvía a hilar su conversación lo que la hacía infinita. No fue hasta que llegaron Ilian y Erian que no se percataron de que eran cerca de las once y que ninguno había cenado aún.

Y ese cinco de mayo, se intercambiaron los números de teléfono antes de despedirse por quinta vez definitivamente, al menos esa noche.

Lo que ellos dos aún no sabían es que el número cinco se convertiría en su número especial.

## Capítulo 5

### **MP3**

Las horas pasaron mucho más rápido de lo que lo habían hecho jamás, y para haber estado en clase podía decir que no había sido un mal día. No había recibido ni insultos ni golpes, había aprobado varios exámenes y tenía unas enormes ganas de ir a casa de su abuela y hablarle sobre su nuevo descubrimiento, El Hapkido. Y es que tal vez aquel deporte pudiera llenar el vacío que había dejado el Taekwondo.

Sonó el timbre declarando el fin de las clases, recogió los libros y los cuadernos tranquilamente, el momento que más temía era ese. Muchos la esperarían en la salida para atormentar le el camino de regreso a casa, por mucho que hubiera padres o profesores presentes, ninguno intervendría a su favor, por diferentes excusas, los padres que intervinieran solo lograrían que sus hijos recibieran un castigo por los actos de sus padres, mientras que los profesores se limpiaban las manos al ser fuera del horario escolar, declarar los acosos solo les supondría más trabajo y por ende llegar más tarde a sus casa, cosa que no estarían dispuestos a hacer.

Buscó en su mochila los cascos y el MP3 que llevaba a todas partes, para ignorar los insultos, pero allí no estaba, segura de haberlo llevado porque esa misma mañana y en la hora del recreo lo había estado usando, así que estaba claro, se lo habían robado.

Sopló y después de cerrar la mochila se la colgó a la espalda, saliendo del edificio cabizbaja y con la capucha puesta intentando pasar desapercibida. Sus hermanos antes de ir a casa, se iban a dar una vuelta con sus amigos así que estaba sola.

La capucha no servía de gran cosa cuando uno de sus insistentes atacantes la cortó el paso con su MP3 en la mano, exigiendo que se arrodillara ante él si quería recuperarlo. Eira lo quería de vuelta, sabía que, aunque obedeciera no se lo devolvería, pero debía intentarlo. Se arrodillo y fue cuando recibió el primer golpe, a ese le siguieron otros, patadas y puñetazos, acompañados por escupitajos.

Al chico se habían unido sus amigos, que reían divertidos al verla en el suelo agazapada intentando cubrirse la cabeza, alguno de ellos seguía apoyado en su cabeza, se sorprendió cuando la presión desapareció y un ruido sordo dio paso. Su atacante había caído al suelo arrastrado por la

fuerza de algo o, mejor dicho, de alguien.

Reconoció a su salvador como Dae Won, el hermano pequeño de Dae Hwan lo que la sorprendió considerablemente. Se puso de pie, llevándose una mano al costado y observó que sus tres atacantes estaban recibiendo de su propia medicina.

Como te vuelva a ver tocándole un pelo, te mato. – escuchó que amenazaba Dae Young al chico que había robado su MP3.

Los tres chicos huyeron sin mirar atrás, dejando a los tres hermanos en compañía de la chica.

- ¿Qué hacéis aquí? – preguntó sorprendida Eira.

- Un "gracias" no estaría de más. – dijo Dae Won tomando su mochila del suelo.

- Gracias. – se apresuró a agradecer Eira a los chicos. – Pero sigo sin entender que hacéis aquí.

- ¿Y se puede saber qué coño estaba haciendo tú? – preguntó Dae Young y señaló el suelo. – Ahí tirada como un perro.

- ¿Estás bien? – preguntó Dae Hwan que parecía estar realmente preocupado. – Deberíamos ir a que te viera un médico.

- ¿Cómo que deberíamos? – preguntó Dae Won. – Yo ya he hecho bastante, que vaya ella solita. Yo me marchó a comer, que tengo hambre.

- ¿Por qué eres tan idiota? – preguntó Dae Hwan a su hermano pequeño, sin recibir respuesta.

- Hablaré con él. – dijo Dae Young a su gemelo. – Sera mejor que la acompañes a casa.

Eira tenía dificultades para respirar, por lo que no se negó cuando Dae Hwan la arrastró hasta el centro médico más cercano. La hicieron varias radiografías que dejaban a la vista dos costillas rotas y con eso, las enfermeras se vieron obligadas a llamar al director del hospital y separar a los dos chicos. Creyendo que podría resultar ser maltrato por parte del chico, lo que aquellos señores no sabían es que antes de ser atendidos y siendo consciente Eira de que si tenía alguna lesión aquello ocurriría, les preguntarían por separado que había ocurrido, si la historia no coincidía llamarían a la policía y a los padres de cada uno de ellos.

- No puedes decir que ha ocurrido. – le pidió Eira a su amigo, si es que podría llamarlo así.

- ¿Por qué no? – preguntó Dae Hwan. – Lo que te están haciendo no es justo y tendrían que ser castigado por ello.

- Justo o no, por mucho que lo supieran. – dijo Eira. – Las cosas no serían diferentes, mis atacantes seguirían libres porque somos menores, los profesores no harían nada y quien terminaría marchándose del colegio soy

yo. Y otra persona ocuparía mi lugar.

Dae Hwan la observó incrédulo, sin creer como podía comportarse de aquella forma.

- ¿Cuánto tiempo llevas soportando esto? – preguntó Dae Hwan.

- No recuerdo cuando comenzó exactamente, pero supongo que desde siempre. – dijo Eira encogiéndose de hombros, arrepintiéndose de inmediato.

- ¿Y dónde están tus amigos? – preguntó el mayor sin comprender que nadie le ayudara.

- Mi único amigo esta justo al lado mío. – dijo Eira mirándole directamente a los ojos.

El chico comprendiendo que no todas las personas que sonríen son felices, ni que todas las lágrimas son de tristeza y que aquella niña de trece años, era mucho más fuerte que él o que sus propios atacantes, jurando que pasara lo que pasara, jamás la dejaría sola.